

«TRATADO DE LA AMISTAD», DE MARCO TULIO CICERON

Por
Francisco GARCIA Krautz
Profesor jubilado de la Universidad de Chile



ESTE TRATADO, en su original latino, está escrito en forma de diálogo entre unos personajes ¡deadospor Cicerón, que hoy poco nos interesan. Ya en otro tiempo este escrito perdió su nombre de Diálogo y se le llama Tratado. A nosotros lo que primordialmente nos interesa son las ¡deas. Y aquí las expondremos, poniendo de relieve las más interesantes, de modo que nuestro trabajo sea como un resumen que abrevie la extensión del original. Y aquí y allá algunas explicaciones y alcances de quien esto escribe.

Con psicología de artista, entre sus primeras expresiones finge un titubeo que, es de suponer, es más de táctica que de vacilación real. No entra bien el orador o el artista que comienza con actitud desafiante. En este caso nada más propio para ganarse las voluntades que un poco de modestia. Así Cicerón, después de preguntarse quién es él o cuáles son sus facultades para encarar el tema sobre el valor de la amistad, cómo se granjea, qué requisitos se

precisan para alcanzarla, etc., nos dice de inmediato que nada es más útil, tanto en la próspera como en la adversa fortuna. En efecto, cavilando sobre este tema y pensando lo que es una vida sin amigos, y siguiendo el rastro, con mucha humildad, del gran maestro, uno piensa que la amistad es como el traje. Si uno quiere vivir en la sociedad humana, tiene que presentarse bien, estar bien vestido. No se haga ilusiones quien llega desastrado o a medio vestir. Ya puede tener en casa la despensa llena y en los cajones, caudales. El traje impone su privilegio social. Luego viene la educación, las maneras sociales, y el resultado es de aprobación. Pero para tener buenas maneras, para vestir con decencia. es preciso convivir, y allí saber captar y alcanzar la simpatía, finamente observando. En la convivencia y sólo en la convivencia se adquiere ese don del cielo que es la amistad,- pero para adquirirla no basta, aún no basta convivir. Lo definitivo es la sentencia de Cicerón. "Amicitia esse non potest, nisi in bonis" (La amistad sólo existe entre los hombres buenos). Esa es la condición de la amistad. Vida correcta. Y el

que no la tenga, despídase también de la amistad. Y la vida sin amistad es como quitar el sol de la tierra, para la cual nada es más agradable, ni nada más útil. Son palabras de Cicerón.

El ideal de la amistad lo forman dos personas, rara vez tres. Fácil es concebir que entre dos personas haya igual grado de benevolencia e igual grado de beneficencia. Benevolencia, como su etimología lo indica, significa disposición del ánimo de querer el bien para nuestro amigo; beneficencia, disposición del espíritu para correr a llenar con los medios a nuestro alcance eso que necesita nuestro amigo. La una es una actitud meramente psicológica, la otra una inclinación real, siendo ambas igualmente ciertas y verdaderas. Suponiendo, sobre todo la segunda, cierto grado de desprendimiento y a veces hasta de sacrificio del amigo, se comprende que pueda existir entre dos amigos; pero entre tres, ese estado de ánimo recíproco ya es más difícil, aunque no imposible. Cierta día un viejo amigo porteño me llevó al Club Naval y entre los recuerdos que hizo de ese recinto social me señaló una mesa junto a la cual se sentaban exclusivamente tres amigos muy conocidos y muy respetados en el Puerto por sus virtudes públicas y privadas. Ellos eran el almirante don Francisco Nef, marino cabal y jefe nato y ordenado hasta el escrupulo; el otro, marino de igual grado, don Luis Gómez Carreño. Su sola presencia era autoridad, reconocida en toda la ciudad por pobres y ricos, como que con ella salvó de mayores estragos a la ciudad en la confusión que se produjo en Valparaíso inmediatamente después del terremoto de 1906. Por último, integraba el grupo el civil, don Carlos van Burén, a quien se le puede aplicar la frase con que Cicerón recordó a su hijo: "Quo Melior nullus est vir" (No hay hombre mejor). Era un señor de gran fortuna, que al morir la repartió íntegra entre la Beneficencia de Valparaíso, sus amigos y sus parientes, aun los más lejanos. Eran inseparables. Mientras ellos vivían, nadie ocupaba esa mesa, los respetaban en ausencia. Y para los demás, cualquiera de ellos representaba a los otros. Según la gente, los unía una amistad íntima y sin conocer a vez a Cicerón, los unía el mismo prestigio, porque "amicitia esse non potest nisi in bonis". De la intimidad de este grupo, sólo pueden juzgar los parientes próximos u otros amigos. Pero que la amistad de estos tres caballeros era un elemento de su felicidad, no hay duda, porque como dice Cicerón la amistad,

excepto la sabiduría, es el don más precioso que los dioses inmortales pueden regalar. Y continúa diciendo que hay quienes prefieren la ciencia, la salud, las riquezas, el poder, la mayoría los placeres, gusto de los irracionales. Todos los demás bienes son inciertos y todos sujetos al capricho de la suerte. Para los que ponen el soberano bien en la virtud, son todos muy dignos de nuestro aplauso; pero sépase que de la virtud brota la amistad como fruto natural. De ahí que sin virtud no hay amistad. Y entiéndase por virtud, en este caso, la que así se llama en el criterio común de la gente. ¡Qué consuelos, qué fortaleza debieron sacar de su amistad estos tres caballeros al frente de enormes responsabilidades, como jefes de la escuadra los unos y el civil al frente de grandes negocios, formados en parte por su fortuna y en parte por la ajena!

¿Puede haber algo más agradable que estar en compañía de quien se puede hablar con la despreocupación del que habla consigo mismo? Nuestra felicidad o buena suerte piérdela mitad de su valor si no tenemos con quien saborearla. Y nuestra mala suerte se acibara, si tenemos que tragarla a solas. El agua y el fuego en lo físico no tienen más empleo ni llegan con más oportunidad que la amistad en la vida humana. Y hablamos aquí de la amistad en el sentido clásico de este concepto, como puede existir entre almas nobles, verdaderamente nobles, de esa amistad que hace más bella la dicha, atenúa el infortunio y hace soportables los golpes de la desgracia.

Y aun cuando la amistad es un sentimiento que brota desinteresadamente, tiene ventajas positivas. Entre ellas, nos da más fe en nosotros mismos; con ella miramos con más seguridad el porvenir. Un amigo es otro yo detrás de mí. Flasta la muerte se embellece recordando a los amigos muertos. Un filósofo antiguo, dice Cicerón escribiendo en verso, explicaba que todo lo que existe en la naturaleza es creado por la amistad y muere por la discordia. La vida es unión; la muerte disolución.

Y ya que hablamos de la utilidad de la amistad, es oportuno decir que no debe confundírsela con la obsequiosidad, si se quiere expresar lo que es común entre amigos al cambiarse obsequios. No atribuyamos a un sentimiento tan espiritual y refinado, origen tan prosaico y mezquino. El regalo es sin duda manifestación

de afecto y lo estimula; pero en manera alguna es factor determinante. Cuando hacemos un regalo no va en ello un cálculo. Quien regala como amigo, no lo hace con usura. El regalo nace de la amistad y va a la amistad. Ese es su único fin. O si se quiere, va a aumentar, no un caudal, sino un tesoro de amistad, que es algo más valioso que cualquier otro caudal. Agreguemos además que ese tesoro no cambia, como no cambia la naturaleza humana. De ahí que las verdaderas amistades sean eternas.

Pero la amistad también tiene sus escollos. Tal ocurre con la amistad de los muchachos que cambian con las ideas o las alternativas de la fortuna. Y estos cambios se producen a veces al pasar de una edad a otra, dice Cicerón, al llegar la toga viril, es decir, con la pubertad. Pero su peor calamidad es la sed de riquezas y también la pecha por los honores y la emulación por la gloria. También a veces los odios estallan cuando se piden servicios que la justicia o la moral no aceptan. Entre estos escollos, con frecuencia el más hábil piloto no puede salir horro. Casos hay de éstos que sólo logran salir librados únicamente debido a la buena suerte.

La amistad, como todo bien que nuestra alma aprecia, debe ser objeto de nuestros cuidados. Lo primero que recomienda Cicerón es no pedir a ella nada contra el honor. Esta recomendación nos parece un poco de más, pues es un corolario que fácilmente se deduce de las condiciones morales esenciales que requiere la existencia de la amistad, y otro tanto decimos a eso otro, que no estemos dispuestos a pedir o a prestar sino servicios honrosos a los amigos.

Y cuando el caso llegue, debemos dar buenos consejos a los amigos, con franqueza y con carácter. Los consejos entre amigos tienen singular autoridad. Empleémosla, dice Cicerón, no nos apoquemos; si es preciso expresémonos con dureza, y por nuestra parte sepamos escuchar las sanas advertencias que se nos hagan.

Los griegos, continúa Cicerón, son partidarios de las amistades muy estrechas, de tal modo que los asuntos ajenos recarguen nuestras preocupaciones; bastante tenemos con las propias. Es demasiado peso hacernos cargo también de los asuntos ajenos; para ellos lo más cómodo es que nuestra amistad sea, como quien dice, con holgura, a fin de que esos lazos podamos manejarlos a nuestra voluntad. Eso es lo

cómodo, porque en la comodidad también hay algo como estímulos que contribuyen a hacer siempre grata la práctica de la amistad. Advirtamos, además, dicen los griegos, que la tranquilidad es como la fuente de la dicha, y ¿qué tranquilidad es concebible en un grupo de amigos oprimidos por constantes preocupaciones?

Pero opongamos nuestra cavilación frente a otros horizontes. Que la dicha de la amistad no nos separe del tema de la vida y de la realidad. Consideremos que la amistad, como flor que es de nuestros sentimientos, perfuma el aire y luce en galanura con frecuencia entre espinas y lodazales.

La virtud, como ya se ha dicho, es fuente y raíz de la amistad. Prospera siempre en lucha abierta contra el vicio y la maldad; eso es lo frecuente. Esa es la vida: que el hombre goce con el bien y sufra con el mal. Y así debe ser el campo de la vida del sabio, a menos que se haya despojado de todo sentimiento humano, como dice Cicerón: ¿por qué arrancar de la vida la amistad porque ella nos va a producir algún desagrado? Si nosotros arrancamos del alma los sentimientos, para librarla así de tristezas y amarguras ¿qué diferencia va a haber, no digo entre el hombre y el irracional, que también sabe lo que es sufrir, sino con la piedra o cualquier otro objeto inerte?

La virtud dentro del ser humano debe considerársele como parte de él, sobre todo si pensamos que es parte de la amistad, y debe por tanto codeársele de las consideraciones que nos sugiere el buen sentido. Por lo tanto, la felicidad del amigo debe como dilatar nuestro espíritu, como su desgracia, oprimirla. Las tristezas, pues, no deben alejarnos de ellos, mucho menos renunciar a su amistad porque ella nos trae pesares y tribulaciones.

Pero porque la virtud es el fundamento de la amistad, cuando la virtud se manifiesta y atrae con su simpatía, entonces nace el afecto como una necesidad. Los filósofos escolásticos dijeron: “Bonum est diffusivum sui” (El bien es difusivo de sí). De aquí nace su tendencia a manifestarse. Nada en el mundo más agradable que el cambio de afectos y esa reciprocidad por prestarse servicios, y si se agrega a esto que nada hay más poderoso en la sociedad humana que esa atracción que produce la unidad de los espíritus, es como un parentesco que la naturaleza les da.

Y continúa Cicerón: "No escuchemos a esos hombres negados a todo sentimiento de amistad, porque jamás la han comprendido ni la han practicado. Para ellos todo es sospecha, todo recelo; la fidelidad de los amigos no existe".

Y también se detiene Cicerón a determinar hasta dónde deben llegar los extremos de la amistad y dónde deben detenerse. Al respecto dice el filósofo: "Conozco tres opiniones distintas, de las cuales ninguna me satisface. La una quiere que amemos a nuestros amigos como nos amamos a nosotros mismos. La segunda quiere que calculemos nuestros afectos de acuerdo con los de ellos hacia nosotros. La tercera desea que nuestros amigos dispongan de nosotros a la manera que nuestra voluntad dispone de nosotros mismos.

"En cuanto a la primera, yo no pienso así. En efecto, qué de veces yo no pediría servicios para mí, que sin dificultad los pediría para un amigo. Es tan frecuente oír: yo no tengo carácter para pedir servicios para mí.

"Tampoco me agrada la segunda opinión. Es corro llevar la aritmética a la amistad, para conocer con exactitud lo que mi amigo hace o ha hecho por mí, para devolver la mano con justeza. No, ella supone una mezquina idea de una de las más nobles y libres relaciones del hombre civilizado. El buen amigo no se inquieta por el empleo que haga el amigo del servicio prestado.

"La tercera tesis me parece la peor. En efecto, a menudo hay personas que no se mantienen en una línea. Decaen en su empeño, ceden en sus mejores propósitos y desisten fácilmente de sus intentos. El deber de un amigo en ese caso es no hacerse cómplice de esta falta de voluntad, sino emplear su influencia en darle energía a fin de que no desista; pero si nuestros intentos son vanos, ¿habrá alguien de buen sentido para persistir en la amistad de quien hoy es amigo y mañana tal vez no? "

De ahí que para hacer amigos debemos proceder con cautela. "Para comprar el ganado—dice Cicerón—nos fijamos en mil detalles de su formación, de su pelaje, de su andar, etc. Al elegir al amigo no andamos con tanta minuciosidad. Cierto es que si la calidad de la bestia se manifiesta más fácilmente por las apariencias, más difícil es que el hombre revele las características de su espíritu por gestos y apariencias. Para amigos hay que elegir hombres sanos de

cuerpo y alma, firmes de carácter, bien definidos. El peligro está en que las relaciones entre los hombres se formen antes de que haya conocimientos próximos que permitan conocimientos completos. De ahí que convenga detener el primer arranque que nos lleva a una amistad desconocida, como se sujeta a la pareja que arrastra el carro, cuando conocemos los caballos".

Y la amistad también tiene sus escollos, en que se pierde y desaparece como las naves; uno es la prosperidad y el otro el abandono en la desgracia. La prosperidad trae honores y, como se dice en latín: "Honores mutant mores" (Los honores cambian las costumbres), y agregamos también las relaciones. Pero asimismo se pierde en la desgracia, como dijo el poeta latino Publio Ovidio Nasón: "Mientras seas feliz tendrás muchos amigos; si los tiempos te son adversos, solo te quedarás".

"Aquel que en una y otra prueba ha sabido mostrarse invariable y constante, forma parte de una raza de hombres verdaderamente raros y que calificaría de dioses", dice Marco Tulio. Prescindiendo de la vanidad humana que hace vacilar su estabilidad, la firmeza de la amistad tiene por fundamento la confianza que supone la mutua entrega del egoísmo, esto es, la suposición recíproca, no expresa, que sabiendo cuál es lo tuyo y cuál lo mío, estas expresiones tuyo y mío, entre nosotros dos, no tienen más limitación que lo que indica la sindéresis, es decir, el buen sentido. Esta virtud de la confianza supone en los amigos otra virtud no menos esencial, la franqueza, enemiga de fingir y disimular, y por tanto de esas críticas a medias, de torcidas intenciones, que revelan un carácter más propio de mujeres que de hombres. Entre amigos, los defectos se han de reparar con delicadeza, pero siempre con franqueza y poner oídos sordos a toda maledicencia. Por otra parte, nos vemos a veces en el caso de romper con ciertas amistades. "Me refiero—dice Cicerón—a amistades con gentes de valer, no a amistades vulgares. A menudo esos amigos nos ofenden y la torpeza de su comportamiento nos repele. En ese caso debemos desligarnos de esas relaciones de tal modo que nuestro alejamiento sea completo. Y Catón aconseja en ese caso liberarnos de ellas, más bien que romperlas. Mantengámonos con ellas con frialdad, en otros casos, y cuando estimemos conveniente, hagámoslo como se han extinguido y no que se han ro-

to. Guardémonos de reemplazarlas por el odio violento con su cortejo de querellas, de injurias y de ultrajes. Soportémoslo hasta donde podamos. Sea nuestra paciencia, homenaje a la antigua amistad, porque los ultrajes en este caso deshonran más al que los produce que al que los recibe. Y de aquí fluye una lección: jamás correr el riesgo de hacer amistades apresuradas, sin observar a fondo el posible amigo, que sea de aquellos que nos procuren gratos momentos y no amargos arrepentimientos. Para lo cual hay que observar de cerca su conducta y la normalidad de su temperamento. Los hombres dignos de nuestra amistad son pocos. La especie es rara, porque todo lo que es bueno en este mundo es poco, y nada es más difícil que encontrar algo perfecto en su género”.

Ocurre también a veces que las amistades no duran, porque la mayor parte de los hombres quieren injustamente, por no decir inconsideradamente, que los amigos sean como ellos mismos no son, y exigen en cierta manera que los otros hagan lo que ellos no harían. Lo equitativo, por lo contrario, es que comencemos por nuestra conducta, por mostrarnos como hombres de bien, y exijamos en seguida que los demás se nos parezcan.

La naturaleza nos ha dado la amistad para secundar la virtud y no para ser cómplices de los vicios; ella nos la ha dado para que sirva de puntal y de fortalecimiento, viéndose en circunstancias que puedan hacerla vacilar.

Y para terminar recordemos ese pensamiento de Sócrates, realizado con su enorme prestigio de filósofo: “Sólo un dios o un bruto puede vivir sin amistad; un dios, porque todo lo tiene; un bruto, porque nada necesita”.

MOTIVOS DE ESTE ESTUDIO

La lectura de la “Revista de Marina”, que con alguna frecuencia llega a mis manos, con sus artículos de tan variados temas, me da instantes de verdadero entretenimiento, y ellos siempre son para nosotros, los que vivimos tierra adentro, causa para adquirir cultura en temas ajenos a nuestras preocupaciones dianas.

Y me ha llamado la atención que siendo ésta una revista de marinos y para marinos, tenga lectura para cualquiera persona instruida, desde los temas propios de la profesión, a los científicos de cualquiera otra, y los de humanis-

mo y hasta de actualidad, y bien escritos. Esto es mucho de celebrar, porque contribuye al prestigio de una de las instituciones más importantes de este país, que debe ser marino por excelencia por su posición geográfica y la extensión de sus costas, frente al océano Pacífico del que no en balde nos dice nuestra Canción Nacional “nos promete un futuro esplendor”. Esa realidad estamos comenzando a palparla, en sus riquezas marítimas, ya en las relaciones que este mar nos facilita con los países más poblados del orbe. Y hasta en las páginas de nuestra historia aparece nuestro mar como el escenario de las más gloriosas hazañas, que poetas y artistas plásticos han encomiado con realidad y con belleza.

Siempre la vida del mar ha sido motivo de inspiración de los grandes poetas, desde Homero.

El suave impulso de la brisa, el arcano del mar y el horizonte infinito en que se confunden agua y cielo, ponen, en vena al hombre de sensibilidad. Como dijo Espronceda:

“La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul”.

Los hombres, entretanto, con un mismo espíritu, en una misma maniobra y un mismo impulso, corrigen el rumbo hacia el puerto de su esperanza común, y sin mover los labios, sus pupilas familiares lo dicen todo. ¡Es la fraternidad de los marinos que conocen el alma del camarada como la propia en el reducido mundo de su barco! Ahí está la raíz de las grandes amistades. Por ellas leí a este romano célebre, que viniendo de las sierras del Lacio, se asentó en la capital del mundo antiguo, como un faro en un peñón. Y por ellas quise estampar en estas páginas algo de ese espíritu inmortal.

PERFILES DE CICERÓN

Según historiadores antiguos, Marco Tulio Cicerón nació cerca de Arpiño el 3 de enero del año 106 antes de JC. Su biógrafo, Plutarco, dice que vino al mundo en el seno de una familia modesta. Cuentan que su madre tenía un honroso origen; su padre era un modesto obrero de paños. Y para el mundo en que debía moverse en Roma, aunque también se dice que pertenecía a la clase de los caballeros, no era

sino un simple "medio pelo", expresión corriente entre nosotros.

Sus amigos y admiradores que veían el rumbo que tomaba y los horizontes que se le abrían, lo estimulaban y trataban de allanarle el camino. Desde luego les chocaba que apareciera en su nombre, como un apodo, ese apelativo que los romanos llamaban "cognomen". Cicerón (en latín cicero) significa algo así como garbanzo, lo que en su concepto afeaba su nombre. Pero a él poco se le daba este detalle, pues antaño como hogaño, no hay apellidos malsonantes, todo depende de quien los lleve. Así fue como andando el tiempo, con ese apellido y todo, no hubo dignidad que limpiamente no alcanzara.

Y el ascenso social de este modesto provinciano es tanto más de celebrar cuanto que tuvo que abrirse paso en un medio dominado por una aristocracia omnipotente y tan soberbia, como que algunos de ellos, incluida la familia de los Julios—a la cual pertenecía Cayo Julio César—se creían emparentados con los dioses.

Nada de esto fue óbice para que el triunfo del talento y la simpatía de este hombre singular alcanzara el más alto grado de su carrera política al ser elegido cónsul, cargo por el que bregaban los más eminentes patricios. Y supo desempeñarse con tal acierto que el senador de mayor autoridad moral, Catón el Censor, ensalzó de tal modo el consulado de Cicerón "que se le decretaron—dice Plutarco—honorarios que nunca se habían concedido, y se le llamó públicamente Padre de la Patria, siendo él el primero a quien parece haberse dispensado este honor por haberlo así apellidado Catón ante el pueblo".

Naturalmente su fortuna también acreció, no obstante estar prohibido a los oradores recibir honorarios por sus alegatos. Pero sí podían sus clientes dejarles legados o herencias, como ocurrió en el caso de Cicerón, que de esta manera llegó a acumular una fortuna calculada en nuestra moneda actual entre los doce y quince millones de pesos. Pero nada de esto alteró sus costumbres, comenzando por el trato a sus esclavos, lo que se colige de sus escritos y sobre todo de sus cartas.

Su cariño llega a la ternura con alguno de ellos, como Pirón, venido tal vez de Sicilia o de Grecia. Y como era delicado de salud y le servía de secretario, en sus cartas extrema las ex-

presiones de cariño: "Por tu vacilante letrita (vacillantibus litterulis) observo el estado de tu salud", le dice en una de ellas. ¿No es esto delicadeza de alma en una época en que los esclavos legalmente no eran personas, sino simplemente cosas? Y esta delicadeza de espíritu no sólo se revela en el trato de la gente de su hogar, sino en todas sus actividades públicas y privadas, como lo dice su brillante biógrafo Gastón Boisier. Expresa este autor: "No merece menos elogios por haber sido honrado y ordenado en su vida familiar. Entonces eran virtudes éstas de que no encontramos ejemplo en sus contemporáneos". A tal punto llega su delicadeza que durante su destierro, después de la muerte de César, escribe a su amigo íntimo Tito Pomponio Atico, en el momento de dejar Roma, que el dinero que se le debía bastaba para pagar sus deudas; pero como el dinero escaseaba entonces y los deudores no pagaban fácilmente, le daba orden de vender sus propiedades y añadía: "No cuides en este asunto más que mi reputación". Lo que tenía lo había adquirido mediante una estricta economía. "Dioses inmortales—decía en cierta ocasión—, ¿cuándo comprenderán los hombres los tesoros que contiene la economía?" Y si lo decía, era porque vivía en una época de usura y de dilapidación. No pensamos, con todo, que Cicerón fuera un santo, en el sentido cristiano de la palabra; pero sí un ejemplo de virtudes de que estaban ajenos personajes ejemplares de su época, como Bruto, que debía su fortuna a la usura; como Catón, acusado de sórdida avaricia. Cicerón no saqueó las provincias, como Apio o Casio, ni consintió, como Hortensio, émulo suyo en la tribuna, en tomar parte en los latrocinios de esos personajes. Y si también incurrió en prodigalidades, se debió a su cultura, adquirida en Grecia, Rodas, Sicilia y otros centros de refinamiento de costumbres y de ilustración y sabiduría en todos los aspectos.

Naturalmente todas estas cualidades le granjeaban simpatía de pobres y ricos; malpara el pueblo indocto había otras condiciones que lo hacían su favorito, su ídolo. ¿Cómo no había de serlo cuando por su ingenio y su gracejo, le procuraban momentos inolvidables de alegría y risa a costa de tanto personaje desvergonzado que él desenmascaraba o atajaba en la carrera de desmedidas ambiciones, libres de todo escrúpulo? Llenas están las páginas de su biografía con sus chistes y chispeantes ocurrencias que hoy han perdido mucho de su agudeza,

por la diferencia tan grande del idioma, por la pérdida de la oportunidad y el cambio en el tiempo y en las circunstancias. Y todos esos chistes adquirirían mayor relieve por salir de los labios del mayor de los artistas de la lengua y de un intelectual de gran prestigio. Según Plutarco, había noches en que escribía hasta quinientos versos, cuya métrica, que bien conocemos, es harto más complicada que la de nuestros endecasílabos. Por su ingenio los romanos lo llamaban "scurra senatus", el cómico del Senado. De ahí también el efecto omnímodo de su pueblo. Cuando por maquinaciones de Clodio fue a parar al destierro, el día de su regreso la población de Roma fue en masa a recibirlo. Esa simpatía no decayó entre los hombres de letras, ni siglos después de su muerte y penetró en el cristianismo con sus grandes escritores como Lactancio, San Jerónimo, San Agustín y San Ambrosio, que imita su "Tratado de los Deberes" en el "Tratado de los Deberes de los Clérigos". En el Renacimiento es aún mayor el entusiasmo por Cicerón.

Al terminar sus estudios, Cicerón vaciló entre dedicarse exclusivamente a las letras o participar también de la política a que lo empujaba la influencia de los amigos, que por sus condiciones personales veían en él al hombre fácil de triunfar, como siempre ocurre en los que ven las perspectivas sin mucho examen; pero para el propio Cicerón, hombre de mucha vista y gran cultura, el camino a la política no debió haberse presentado tan llano como lo veían sus amigos, ya que las actividades políticas, como antaño "las esperanzas cortesanas—según su clásico español—prisiones son do el ambicioso muere y donde al más astuto nacen canas".

Incorporado a la política, pronto tuvo que probar las duras alternativas de esta actividad, sobre todo después de esas valientes intervenciones contra la voracidad de Verres y después contra la audacia de Catilina o contra el impudor de Clodio.

Esa arremetida en contra de Clodio fue la de peores consecuencias. Clodio era un patricio de gran alcurnia; pertenecía a la "gens" Claudia de los romanos; pero por halagar al pueblo se hizo Mamar Clodio. Era además de malas cos-

tumbres. Cierta vez se celebraban en casa de Julio César los misterios de la Bona Dea, de gran ritualidad. Ese día, por prescripción religiosa, no podía haber en la casa ningún hombre; pero él, que perseguía a Pompeya, esposa de Julio César, se disfrazó de mujer, y con la complicidad de una esclava, se introdujo en la casa. Pero fue descubierto por otra esclava que dio el grito de alarma. El escándalo fue mayúsculo. Se disolvió la reunión. Julio César repudió a su mujer con la frase famosa: "La mujer del César no sólo debe ser honrada; debe también parecerlo".

Cicerón reveló todo esto en el Senado, lo que produjo gran sensación, y en el acusado un odio tal contra Cicerón que juró vengarse y lo cumplió, como luego veremos. Cicerón era hombre de vastas relaciones sociales y creía resguardarse con ellas; pero Clodio también las tenía por su nacimiento y entre gentes de menos escrúpulos. Cuando se produjo la conjura del Senado contra Julio César, Cicerón vivía completamente ajeno a eso, pero como la tragedia produjo una sacudida de terremoto, luego corrió por la ciudad el rumor con los nombres de los políticos que pagarían con su vida el asesinato de César, entre ellos Cicerón. De poco le valieron sus grandes amistades, entre otras, con el joven Octavio Augusto, sobrino de Julio César y su heredero. Cicerón era en esos días su preceptor. Una palabra de él, dicen los historiadores, habría bastado para salvarlo; pero Octavio se hizo el desentendido y le dio las espaldas.

Cicerón determinó capear el temporal en Grecia y tomó un barco con ese fin; pero los vientos le fueron adversos y tuvo que regresar. Ya en tierra firme, yendo en litera, sacó la cabeza para ver a sus perseguidores, entre los cuales venía un tal Popilio—defendido en otro tiempo por el gran orador—que de un tajo dado con ferocidad en el cuello de Cicerón, le cortó la cabeza, que luego fue enviada a Roma para ludibrio de sus enemigos, entre ellos Fulvia, mujer de Antonio, hombre sin talento y sin honor y terriblemente resentido por las famosas Filípicas. Se dice de ella que traspasó con agujas la lengua, gloria de la raza, del orador asesinado.